



Lo vivo y yo

Leslie Jui González

Los textos que aquí se presentan son fragmentos narrativos que han ayudado a reconocermé para tejer la historia de cómo construí el amor que tengo por la naturaleza y lo viviente. Elegí este tema debido a que mi tesis de maestría está enfocada en crear experiencias artísticas para niños, que les permitan observar el entorno natural como una conformación de seres vivos que sienten y no sólo como objetos de uso.



Figura 1. Enero de 1983. Mi mamá tomó esta imagen en el departamento en el que vivíamos.
Fotografía: Colección personal.

I. Un pequeño despertar

El planeta es un ser viviente, su poder y belleza continúan siendo un misterio para todos, yo puedo ver y sentir su presencia como a las personas en una reunión; sin embargo, esta consciencia fue construida a lo largo de mi existencia. La primera vez que fui testigo de la vida del mundo que habitamos yo estaba sentada en la cama preparándome para ir a “la Montessori”, así le llamaba yo a mi escuela. Eran las 7:17 horas de un jueves cualquiera, mi habitación era pequeña, como yo, mientras disfrutaba de vestirme sola y de ser independiente, dos toquidos suaves anunciaron una dulce voz que cantaba al ritmo de “I just call to say I love you”, de Stevie Wonder, “¡ya-es-tá-el-de-sa-yu-no!” era mi mamá haciendo la primera llamada. La imagino girando en su propio eje y elevando los brazos de forma triunfal, tarareando sobre la cuchara del café, dándolo todo ante su público matutino, conformado por la intimidad de su templo culinario.

La ventana de mi habitación daba a la calle, pero estaba muy alta para mí y no alcanzaba a ver ni de puntitas, así que sólo podía observar mi reflejo en el espejo del tocador. No sé si todavía se fabriquen este tipo de muebles, esos donde las mujeres se sientan frente a un espejo a maquillarse, peinarse, o todo lo contrario. Mi mamá siempre me pedía que guardara o sacara cosas de ahí: “ve al tocador y pon esto en el tercer cajón”, yo lo hacía como si fuera una misión importante que mostraría a mi madre que ya era una niña suficientemente grande como para saber lo que significa el cajón número tres. Confieso que la sola palabra “tocador” me parecía confusa, pues en mi lógica infantil un tocador servía para tocar, pero a los cinco años no me interesaba por cuestionar el nombre del mobiliario, mi curiosidad, que era todavía inocente, estaba a segundos de volverse epistemológica, como la de Freire (2009, p. 70). Recuerdo que ese mueble era de madera tallada con diseño *art decó*, de blanco nácar con un casi imperceptible acabado en color rosa pastel, me gustaba fantasear con que lo habían comprado en muebles Troncoso, o que lo ganaron en una catafixia (Cabrera, s.f.), de esas donde los papás, en su inexplicable torpeza, intercambiaban deliciosas dotaciones de dulces por aburridos muebles de muebles Troncoso.

Vivíamos en el tercer piso de unos departamentos, en la calle de Centauro número 173, en la colonia Churubusco, seguramente mi mamá se encargó de que me aprendiera la dirección, todavía puedo escuchar su voz hablando con mi padre en el asiento delantero del Malibú blanco con interiores azules satinados: “es vital que lo sepa de memoria por cualquier cosa, Ramón”, decía, mi padre asentía con aire de juez dando un veredicto mientras conducía. Durante aquellos viajes me gustaba ir parada dentro de la cabina de los pasajeros, cuando todavía cabía enchucando el cuello o doblando las rodillas, desde entonces sentía un gran anhelo por ser la que un día fuera en la parte delantera manejando.

Recuerdo claramente esa mañana de septiembre, elegí un vestido azul cielo, con pliegues verticales y listón en el dobladillo de las costuras, ya casi terminaba, estaba finalizando el ritual matutino poniéndome las tobilleras, de esas que tienen olanes cursis para lucir coqueta del tobillo, la verdad es que las odiaba, pero a mis padres les complacían mucho, así que no me oponía. Mientras resolvía el drama de no saber cómo acomodar las olitas de telas en mis piernas, comencé a sentir que todo me daba vueltas, como en esas caricaturas donde unas estrellitas revoloteaban en la cabeza de los protagonistas, que se recuperaban, sin mucho éxito, de un golpe o una caída. Recuerdo sentir

náuseas en el estómago, de pronto la habitación comenzó a girar como centrifugadora, pero conmigo en medio, las paredes comenzaban a verse barridas y mi reflejo dejó de verse. Recuerdo experimentarlo sin sentir miedo, pero inspeccionaba cómo se sentía mi pequeño cuerpo como si fuera una minidoc-tora, autoauscultándose, mientras aferraba mis manitas a la pomposa colcha. Fue la primera vez que cuestioné el bienestar perdido de mi corporalidad, era como estar borracha y con el síndrome de la cama loca, síntomas que descubriría hasta décadas más tarde.

La puerta de la habitación se abrió abruptamente, lo primero que vi fueron unos enormes calzones blancos de esos que tienen elástico con rayitas café-amarillas para que no se caigan, pero que de todas formas no se ciñen a la figura. Era mi papá, el pobre estaba en el séptimo sueño, pero despertó abruptamente por el agudo grito de su mujer. No lo reconocía sin sus lentes, tampoco ayudaba su semblante pálido en esa tez morena: “se me movió el piso, papi”, le dije convencida de que eso era lo que estaba pasando. Él me tomó en sus brazos y con esa fuerza tierna, como de un toro que hace lo posible por caminar delicadamente sin pisar las flores, me llevó al marco de la puerta de la cocina donde estaba mi madre. Me paré entre las enormes columnas que eran las piernas de mis padres, mi mamá usaba un pantalón de pana rojo, era muy suave, como cada mañana, se había levantado temprano y estaba lista para llevarme, siempre olía muy bien. Por el contrario, mi papá estaba muy peludo, recuerdo agarrarme de su enorme pierna musculosa y sentir los vellos largos, me daban ganas de jalarlos uno por uno. Ahora que lo pienso, qué ironía que la muerte toque a tu puerta y tú estés en ropa interior.

Nuestro departamento era muy pequeño, de esos donde todo el inmueble podía verse desde un mismo punto, la cocina y el comedor estaban separados solamente por una delgada pared que tenía un marco, pero carecía de puerta, ahí estábamos los tres. Mi mamá de treinta años, mi papá treinta y dos, eran el centro de mi existencia, mis grandes amores, yo los veía como seres de inmensa belleza, enormes e invencibles, que sabían todo del mundo. Ese día, sin saberlo, fui testigo de cómo, ante un calambre de placas tectónicas, ambos eran sólo unos niños asustados con una infanta que los idolatraba.

El comedor había cobrado vida frente a mis ojos, se arrastraba en un vaivén de chillidos rayando el suelo que sonaban como las garras de un felino arañando un pizarrón. Recuerdo parpadear sin dar crédito, volteaba la cabeza luchando contra las nubes de pequeños rizos dorados que me tapaban el ros-

tro, mientras trataba de comprender qué estaba pasando. Siembre fui de muy buen apetito, así noté enseguida el olor a desayuno que empapaba el departamento: huevito, fruta y jugo de naranja fresco, mis favoritos, pero el idilio de sabores contrastaba con la violencia de los cuadros colgados en la pared que vibraban para luego caer uno tras otro al piso. La banda sonora de la escena se volvió una colección de gritos desquebrajados, eran los vidrios explotando contra el suelo como clavadistas en la Quebrada, o de las implosiones de las ventanas que caían al vacío del balcón como una lluvia de brillos. A nuestras espaldas, la alacena escupía cosas, sartenes, ollas, despensa y el resto del desayuno, el refrigerador caminaba, pero también los sillones, la televisión, el teléfono, los espejos, todo en el departamento parecía bailar para luego caer al suelo en un repentino desmayo. Yo no entendía qué pasaba, para mí era como vivir en la película de *La historia sin fin*, donde la temible Nada aparecía para absorber a los personajes con su vacuidad.

Las niñas nacemos sin miedo y mientras crecemos vamos bebiéndolo, algunas tienen la suerte de hacerlo a sorbitos, desafortunadamente no todas lo viven así. Recuerdo que sólo sentí temor cuando vi a mi madre llorando desconsolada, su cuerpo temblaba, me apretaba contra ella con todas sus fuerzas, su semblante estaba desencajado, sin esperanza alguna, no era religiosa, pero rezaba el “padre nuestro” en voz alta. Fue la única vez que la he visto llorar en la vida, incluso hasta el día de hoy. Mi padre lo vivía un poco más descorporizadamente (Grasso y Erramouspe, 2005), su cara era como de “¡ay güey, ora sí ya nos cargó!”, y nos abrazaba a las dos como si su cuerpo fuera un nido de seguridad y el escudo que nos protegería, no se movió ni un centímetro, yo veía que estaba aterrorizando, aunque tal vez no podía entenderlo, tenía los ojos bien abiertos, no parpadeaba, aunque nunca lo había visto así, su gesto amoroso me transmitió seguridad, pues el temor se disipó rápidamente.

Recuerdo las náuseas en el cuerpo, la sacudida por fuerzas invisibles, y yo, sin entender qué estaba pasando, escaneaba la escena con velocidad de cámara lenta como si un mundo mágico apareciese de forma espontánea y yo tuviera la fortuna de estar en el centro del torbellino, como un frágil diente de león en medio de una tormenta, protegido por los gruesos troncos de los árboles que le dieron la vida. Todo fue confuso, rápido, pero también lento, como estar en medio de fuerzas opuestas que van y vienen sin cesar. Incluso la voz de mi madre rezando sonaba con voz grave y ralentizada en algunas partes de la oración, como si hablara humano y cetáceo al mismo

tiempo: “padre nuestrooooooooo”. Si alguna vez comprobé que el tiempo era relativo fue en ese momento, esos fueron los dos minutos más largos de mi vida y con seguridad de todos los habitantes de la metrópolis también, en sólo 120 segundos la Ciudad de México estaba semidestruida, cientos de muertos, damnificados, gente perdida bajo los escombros, construcciones a punto del colapso y la ciudad más grande del país sin servicios públicos, ni planes de contingencia previstos.

Después de un movimiento planetario así, hay caos, especialmente si la potencia fue de 8.1 en la escala de Richter. El paisaje sonoro posterior al sismo estuvo conformado por una orquesta de alarmas sonando a lo lejos, sirenas de ambulancias y patrullas, chillidos de los perros, gritos humanos de dolor y terror por la incertidumbre de si los edificios resistiesen las evacuaciones. A pesar de la solidaridad ciudadana instantánea, donde hasta Plácido Domingo apoyó en las labores de rescate, la tierra continuó estirándose y la noche siguiente, hubo una réplica del temblor de menor escala y lo que representó un pequeño bostezo para el planeta, fue lo que terminó de colapsar esa hermosa casa de naipes que era, el aún denominado Distrito Federal, a mediados de los ochenta.

Lo siguiente que recuerdo fue estar abrazada del cuello de mi papá, podía sentir su calor, jugaba con su cabello negro o veía a través de sus enormes lentes la realidad distorsionada, una chamarra de tela, jeans y playera blanca, eran el uniforme de mi ídolo esa mañana. Mi mamá caminaba delante de nosotros, había agarrado lo esencial, mi lonchera y algunas cosas, bajábamos por las escaleras, pegados al barandal del edificio, tan rápido que parecía que al salir nos entregarían un premio. Todos los vecinos estaban haciendo lo mismo. Mi papá ayudaba a acarrear a los niños de los demás con la mano libre, no por mandamás, sino por ingeniero, pues en su matemática cabeza el cálculo daba como resultado el temor al daño estructural de la vivienda.

Logramos salir del edificio como los caballitos grandes y chiquitos de la canción de Cri-Cri, no recuerdo ver desastres en la calle, sólo la imagen de cómo nos alejábamos de ahí lo más rápido posible, como el *zoom out* de una cámara portátil con casete de video vhs. Todos huían, no sólo mi familia, todo el barrio estaba en las calles. Al final de la calle donde vivíamos pasaba un canal de aguas muy verdes, que seguramente eran aguas negras, ahí nos resguardamos.

Los adultos parloteaban a las orillas del canal, pero hablaban como si estuvieran solos, como si no pudieran ver a la persona de enfrente. Todos estaban en shock. Alguien dio la hora en voz alta: “son las 07:30 horas”, recuerdo ver hacia el canal, que estaba detrás de mi hombro mientras observaba a todos ser fantasmas, me preguntaba por qué yo no sentía temor o por qué no lloraba como las mujeres grandes, ¿acaso habría algo mal en mí? Un hombre dijo en voz alta “aquí no hay cables de alta tensión, estaremos seguros”, recuerdo girar la cabeza para ver quien habló, era Gustavo, el vecino de abajo, su aroma normal era a licor y a cigarros, pero esta vez no olía así.

Para los niños el mundo es un lugar seguro, incluso en zona de desastre, pues carecen de las creencias que los hacen entender la realidad como un sufrimiento. Como siempre, las mamás brillaron por su presencia, todos los pequeños de la colonia estábamos sentaditos en pequeños grupos haciendo lo que los niños hacen a las 7:40 am: ¡desayunar! Una explanada de loncheras infantiles abiertas como cofres de tesoro cubrían las áreas verdes, la longitud de ese pícnic masivo podía verse a distancia. Era un momento casi artístico. Yo contemplaba sentada sobre el acogedor suéter que mi caballeroso padre había colocado de asiento, junto a mí estaba Valentín, hijo de los vecinos de arriba, para nosotros todo era una fantasía. Discutíamos el contenido de nuestro almuerzo y lo compartíamos, reíamos imitando a las caricaturas que, en aquel entonces, se mostraban por la televisión y veíamos hacia arriba a los adultos sin pensar en consecuencias. Mientras los pequeños celebraban la vida, los grandes solucionaban el mundo.

II. Actos celestiales

El sismo del 1985 llevó a mi familia a emigrar de forma emergente de la capital a la provincia, ¿será que alguna fuerza divina nos condujo hasta ahí? Este tipo de acontecimientos, en la jerga legal internacional se denominan “*Acts of God*” (*The Free Dictionary*, s. f.), o “actos de Dios”, que son aquellos que no están en las manos de los seres humanos. Descubrí este detalle jurídico al laborar en un lugar donde, sin ser capacitada para ello, me exigían traducir instrumentos legales del inglés al español.

De todas las ciudades del país que pudimos elegir para habitar, terminamos en el religioso y tradicional San Luis Potosí, cuna de los chocolates

Costanzo (2018) y de una de las más orgullosas sedes de la procesión del silencio (*El Universal SLP*, 2018). No sé en qué estaban pensando mis padres, supongo que mi madre al ser oriunda de la ciudad de Rioverde, un municipio de ese estado, se sintió más segura en un área no sísmica o tal vez le reconfortaba la proximidad con su familia. Jamás le he preguntado al respecto.

La sociedad religiosa y tradicional potosina nos recibió con esos bien delineados bordes ideológicos de lo que *debe ser*. Ejemplo de ello fueron las complicaciones que se presentaron para yo ser admitida en el jardín de niños, lo que parecería una simple acción administrativa, encarnó para mi madre un verdadero viacrucis, con todas sus estaciones. La razón era que su retoño no cumplía con el requisito inmanente de la infancia: ser pequeña de estatura.

Seguramente tenía que ver la genética y que era “de muy buen diente”, pero mi cuerpo a los cinco años parecía mayor, el sentimiento de rechazo ante las actividades cotidianas diseñadas para pequeños me hizo pensar que había algo mal en mí. Un gran trauma, por ejemplo, fue la imposibilidad a la que me enfrentaba para subir a los juegos mecánicos, de esos que se ponen en las ferias de los barrios, que dan vueltas a pequeñas tripulantes que saludan emocionadas a sus padres desde su asiento. Lloraba desconsolada porque quería subirme en una de esas máquinas circulantes, me hacía mucha ilusión girar imaginando que manejaría mi propio vehículo. Jamás lograron subirme debido a mi estatura, así fue el amargo fin de ese sueño.

La vida trabaja de formas misteriosas y mi madre lo experimentó en carne propia. Gracias a mi gigantesco físico, la religiosa a cargo del kínder del Colegio Hispano Mexicano, la madre Celina, tenía la impresión de que sería agresiva con las otras niñas, que no se desarrollaban tan rápido como yo. Al cabo de quince días de prueba y de interminables sermones de las religiosas al finalizar las clases, dijeron: “su hija habla mucho, señora...”, “su hija tiene demasiada vitalidad, señora...”, “su hija es muy curiosa, señora”, mi madre estaba a punto de tirar la toalla, pero fue llamada a la escuela inesperadamente. Temiendo lo peor, se presentó en la Dirección con la esperanza desmayada, sin embargo, recibió una noticia intempestiva que le devolvió el ánimo: “ya es oficial la inscripción, señora Hortencia”, dijo con pereza la secretaria. Mientras pagaba los recibos correspondientes, mi madre experimentó una súbita alegría como si recibiera un galardón de golpe y con aplausos mudos de todos los presentes. Puedo imaginarla con su brillante timidez, sonrojada y cerrando sus ojos oscuros por un instante, gritando de forma implosiva e imaginando

estática en la fila de pagos que brincaba por toda la habitación. Al finalizar el trámite, fue al salón tal como le indicaron.

Estábamos en plena clase y al ver a mi madre llegar, la directora salió a recibirla, pero en esta ocasión con un gran y sorpresivo abrazo: “¡Señora, bienvenida! Qué gusto que nos pase a saludar, quiero decirle de forma personal que estoy impresionada con su hija y con su labor”, dijo la mujer. Mi madre, esa dama del eterno buen ver, es lacónica en sus reacciones afectivas con desconocidos, así que sonrió de forma agrídulce sin saber cómo recibir esa intempestiva muestra de afecto. Al entrar al salón, la directora me solicitó: “Leslie, ¿podrías venir un momento y decirle nuevamente, por favor?”, yo saludé a mi progenitora de forma enérgica y emocionada, pero obediente me levanté del asiento, me paré frente al salón, inhalé profundo y comencé:

Al pie de un rosal blanco, un hortelanito estaba.
 Hortelanito, por Dios, dime la pura verdad
 si a Jesús el nazareno por aquí has visto pasar.
 Sí señora, que lo he visto, antes del gallo cantar,
 una cruz lleva en sus hombros, que lo hace arrodillar,
 una corona de espinas, que lo hace traspasar.
 Caminemos virgen pura por el monte del calvario
 pues por presto que lleguemos, ya lo habrán crucificado.
 Ya le clavaron los pies.
 Ya le clavaron las manos.
 Ya le clavaron la lanza en su divino costado.
 La sangre que derramó está en el cáliz sagrado.
 El hombre que la bebiere será bien afortunado.
 Será rey en este mundo y en el otro coronado.
 Quien está oración dijese cada viernes del año
 sacará un alma en pena y a la suya del pecado.
 El que la sepa y no la diga, el que la escuche y no la aprenda,
 el día del juicio final sabrá lo que esta oración contenga.

Por alguna razón mi madre creyó que era buena idea que yo supiera este rezo, para mí era kilométrico, no me gustaba, señalar la falta de control parental sobre los contenidos de esta plegaria es importante. Basta un poco de sentido común para darse cuenta de que las imágenes evocadas por mi cándida voz

eran realmente terroríficas. La oración habla literalmente de asesinato, de uno cruel que incluye tortura y humillación pública. Pero la parte que encuentro más funesta radica en incitar al canibalismo pues se motiva a los hombres a beber la sangre de un difunto con la promesa de obtener poder y dominio sobre dos mundos. Por supuesto que la invitación a este salvajismo simbólico es exclusiva para el club patriarcal y prescinde claramente de las mujeres. La figura femenina aparece como aquella que va en busca de este mártir, es la madre de la víctima, que va desesperada buscándolo, preguntando por el camino si lo han visto, incluso a los que labran la tierra. Llama la atención que, además, la invocación manifiesta que, al recitarla de forma constante 48 veces o “cada viernes del año”, se absolverán el asesinato, la bestialidad o cualquier acción que se encuentre bajo la categoría de pecado.

Ahora sé por qué no me gustaba pronunciar esta jaculatoria, todavía puedo sentir el pecho cansado por pronunciar cada una de las palabras, era algo extenuante, para acabar lo más rápido posible decidía hacerlo en pocas respiraciones, así que parecía más una periquita que una recitación.

Esta acción, aparentemente sencilla, fue alabada como un milagro mnemónico, pues nadie en el salón sabía ni un Avemaría, seduje instantáneamente la fe de las religiosas. A partir de ahí ya no hubo sermones, ni quejas, sólo hubo cortesía hacia mi madre, quien fue etiquetada como una gran devota. Y en esa sociedad conservadora de mediados de los ochenta, donde el “qué dirán” todavía importaba, ser bien vista por los ojos de las “esposas de Dios” era de ayuda ante la sociedad.

Es irónico que mi Mamá, quien no predicaba religión alguna, aunque tampoco era agnóstica, resolviera inscribirme en una escuela católica. La decisión fue influenciada gracias a su hermana, pues sus hijas estudiaban ahí, entonces fue por motivos de practicidad y economía. Pero lo que más me sorprende en esta remembranza, es la insólita idea de que, gracias al catolicismo, que por cierto no profeso, descubrí el amor por la naturaleza y, sobre todo, por *lo vivo*.

III. Superhéroe medieval

Cuando tenía 11 años asistí al catecismo de forma disciplinada pues 12 meses después, una vez adoctrinada, realizaría la primera comunión. Vivir esa experiencia me provocó sentimientos encontrados, por un lado, fue decepcionante,

pues me prometieron un regalo que nunca recibí, pero, por otro, logré obtener consuelo existencial al conocer a una figura que admiré por sus acciones y que ayudó a construir mi interés por lo viviente.

El predicador de la parroquia donde me preparaba para recibir por primera vez la hostia, un individuo con extremada paciencia para tratar con pequeños, mencionó en alguna de las interminables sesiones, con esa voz grave pero dulcificada de los devotos: “cuando haces tu primera comunión, el señor te regalará lo que le pidas”. Para mi entonces adolescente ser, esas palabras resonaron como eco en una caverna y reverberó infinitamente la última frase: “lo que le pidas”. La promesa de esa magia de la que tanto se hablaba en los círculos religiosos estaba a punto de ser mía, una efervescencia de alegrías comenzó a llover dentro de mí: “¡Qué emoción!, ¿qué voy a pedir?”, pensaba, y dediqué gran parte de mis días a dilucidar en qué gastaría el único deseo que me sería otorgado por ese ente divino.

Me impresiona lo azaroso de las locaciones donde encuentras esas señales que marcan tu destino, así que un día cualquiera, mientras revisaba las revistas en un consultorio, por casualidad encontré un cómic con temática católica. Sin darle mucha importancia, pero motivada por pasar el rato con alguna publicación sin tantas letras, comencé a hojearlo, al terminar de leerlo quedé en-can-ta-da y le solicité al doctor si me regalaba el cuadernillo. Así descubrí a mi superhéroe.

Entre todos los ídolos que había en 1991, yo elegí a uno de la época medieval; mientras mis primas aspiraban a ser como las actrices juveniles del momento, yo deseaba ser como un hombre del siglo XII. Uno que destacó por su práctica amorosa hacia la naturaleza, el poder mágico que este legendario súper humano tenía y que yo deseaba investir con todas mis fuerzas: hablar con los animales.

Nunca imaginé que compartiría este fragmento de mi historia, jamás lo enuncié a mis padres, ni amigas, pero yo soñaba con ser como san Francisco de Asís, aunque sin la calvicie y la austeridad. Qué deleite recordar esa inocencia, el aroma olvidado de ese fragmento temporal de una niña soñadora, que se ilusionaba con el diálogo entre ella y los seres no humanos del planeta. Lo que me cautivó de este personaje fue su legendario amor por lo viviente, nunca había conocido a nadie similar en la cultura popular de aquella época, los superhéroes en el cine o en las historietas podían desafiar las leyes de la

física y salvar el mundo a macroescala, pero este protagonista de la vida real se ocupaba de lo micro y de aquellos que no se podían defender.

Recuerdo que mi historia favorita era la de un lobo que amenazaba al pueblo de Gubbio, en Italia, los registros religiosos cuentan que Francisco aplacó mágicamente con un discurso eclesiástico y con la señal de la cruz a la feroz bestia. La poca probabilidad de que los hechos se desarrollaran de esta forma me pone en una postura escéptica ante esta versión, en cambio, considero que hay una historia secreta que seguramente no es tan impresionante como el dominio impuesto a través del verbo de un representante de la Iglesia.

Sin importar la versión real de la historia, lo que reconocía mi corazón era que ese hombre podía ver la verdad acerca de la temida bestia: estaba sin su manada, tenía hambre y desconfiaba de las personas. En el pasado existía “la creencia de que los animales no tenían la capacidad de sentir placer y dolor” (Clavería, 2016, p. 103), pero el fundador de la orden de los franciscanos sabía que eso era una apariencia falsa. Ser un “encantador” de animales en el siglo XII era un súperpoder y lo sigue siendo en la actualidad, pues tener la capacidad de aproximarse a las criaturas considerándolas seres vivos, que habitan en el mismo espacio que nosotros, que merecen el mismo respeto y consideración que un humano, son características que se expresan en un ser avanzado en lo sensible.

Al final de la catequesis logré hacer mi primera comunión, pero nunca pude hablar con los animales, al menos no como yo lo imaginaba, sin embargo, con el paso del tiempo logré entender que la comunicación entre especies es posible a través de un lenguaje común. La creación de vínculos emocionales con lo viviente es una posibilidad inexplorada y que podría conducir al género humano a la revalorización de la riqueza de los ecosistemas. No se trata de ser un santo, sino de reconocer que el cuidado hacia la biodiversidad es el cuidado de uno mismo y que el respeto que se otorga a lo viviente es aquel que se tiene de uno mismo.

Gratitud

Los griegos expresaban el concepto de vida, el que conocemos en la actualidad, a través de dos términos: *bío* y *zoé*. La raíz *bío* (ASALE, s. f.) significa vida, pero se refiere a la forma en que un individuo realiza su existencia, por otro lado, la raíz *zoé* (Agamben, 2010, p. 9) se refiere a la vida en general, a lo viviente, a lo

natural y que existe más allá de los individuos. Yo no sé mucho de filosofía griega, ni de filosofía en general, pero experimentar un terremoto y sentirme como hormiga en una licuadora encendida, fue un despertar de la conciencia con respecto del planeta vivo, de su existencia, de su *zoé*.

Mientras escribo esta consecución lineal de signos para dar testimonio de mi pensamiento, caigo en la cuenta de que esa niña sacudida aquel día, ni murió aplastada entre los escombros ni se extravió por días entre los derrumbes ni perdió a su familia en el siniestro, y ahora es una mujer. Una que reconoce lo privilegiada que fue al experimentar de forma protegida una devastación así. Gracias a ello pude continuar mi vida en salud, tener estudios universitarios, elegir si quiero o no tener hijos, viajar, en fin. Al enlistar mis bendiciones, caigo en cuenta de que una siniestra opresión en el pecho me deja sin aliento, ¿qué siento? Ha sido una pregunta constante durante mi existencia, pero que hoy en día se presenta más amigable.

¿Cómo son mis sentimientos?, ¿de dónde provienen? Son cuestiones que despiertan en mí esa curiosidad epistemológica que Freire (2009) menciona como “la que al tomar distancia del objeto se *aproxima* a él con el ímpetu y el gusto de descubrirlo” (p. 70). Darme la oportunidad para detenerme a sentir también es un privilegio. En la sociedad actual, tomar un momento del día para percibir las emociones es un lujo, en términos de producción, pues el tiempo es dinero y no todas las personas pueden invertir en ello.

Pondré como ejemplo la escena después del terremoto donde me encontraba desayunando con mis vecinos, en esa explanada en la Avenida Paseo Parque del Río. Mi familia paterna vivía en Lomas Estrella, mi papá seguramente se preguntaba por el bienestar de su madre y en cómo solventaría la deuda en caso de hospitalización. Por su parte, mi madre reflexionaba al respecto de cómo regresar al departamento por nuestras cosas para no volver jamás. Mientras tanto, yo tenía todo el tiempo para pensar en el desayuno, en jugar con los demás niños o en qué se me antojaría hacer después. Regreso a la escena en mi memoria, que parece un archivo despeinado cuando se trata de los primeros años, me pregunto si alguien de mi familia se tomó el tiempo para dar las gracias porque nadie del clan salió herido.

La gratitud es “reconocimiento: la persona que siente agradecimiento ha advertido, ha tomado conciencia, de haber sido beneficiada” (Moyano, 2010, p. 105), se trata de hacer una pausa para observar lo que ha sucedido y saberse favorecido. No obstante, en nuestra sociedad actual, detenerse podría verse

como un sinónimo de improductividad, de pérdida de capital. Tal como menciona Byung-Chul (2015):

La crisis actual no está menos vinculada a la absolutización de la *vita activa*. Ésta conduce a un imperativo del trabajo, que degrada a la persona a *animal laborans*. La *hiperkinesia* cotidiana arrebata a la vida humana cualquier elemento contemplativo, cualquier capacidad para demorarse (p. 9).

Al experimentar los *actos de Dios*, como en el caso de un sismo, tsunami, tornado, entre otros, no es sencillo conectarse con la gratitud, pues se está en modo de sobrevivencia. En el caso de mi familia, donde todos salimos ilesos, me pregunto si alguno de mis padres interrumpió la rumiación mental para apreciar los favores que obtuvimos. Esta reflexión me inspira a detenerme para hacerlo aquí:

Amada vida te doy gracias por mi existencia. Porque soy una persona llena de oportunidades para crear vida, no por ser mujer y tener la capacidad de procrear, que eso también se agradece, pero más que lo biológico, por ser una persona nómada de pensamiento, capaz de ser independiente, de transformar lo que no me gusta y de hacer a mi antojo. Gracias porque vivo en una época donde las mujeres, a pesar del heteropatriarcado, logramos avances cada vez más tangibles para la igualdad en lo que respecta al género. Gracias por las mujeres que me preceden, gracias por mi entendimiento, porque ahora sé que puedo elegir aprender a través del amor, gracias porque tengo a la mano la información que requiero y cuando la requiero. Gracias porque me rodean mujeres poderosas y llenas de su propia luz que me permiten ver que puedo brillar con mi luminiscencia. Gracias porque el balance en mi salud se mantiene constante y gracias porque mi familia está a salvo.

Al redactar el párrafo anterior sentí mi corazón tecleando y percibí mis dedos como si fueran los de un músico tocando el arpa en una canción, pero al ritmo de un son jarocho, fue sencillo y me conectó con emociones profundas. Además de que pude apreciar lo obtenido del exterior, de la *zoé*, también reconocí la forma en que cultivo mi ser consciente, mi *bio*. Me pregunto, si lo hiciera diariamente y antes de dormir, ¿de qué podría darme cuenta? Tal vez si me diera la oportunidad de sembrar más bloques de tiempo como este, en

el jardín de mi existencia, de esos que me permiten apreciar cada uno de los innumerables regalos cotidianos de los que soy colmada, comenzando por la vida del planeta y su abundancia, podría vivir el presente con mayor plenitud.

Referencias

- Agamben, G. (2010). *Homo sacer: El poder soberano y la nuda vida*. Valencia: Pre-textos.
- ASALE, R. (s. f.). Significado de Bio. *Diccionario de la lengua española. Edición del Tricentenario*. Recuperado de: <https://dle.rae.es/> [Consulta: 11 de octubre de 2019].
- Byung-Chul, H. (2015). *El aroma del tiempo, un ensayo filosófico sobre el arte de demorarse*. Recuperado de: <https://www.overdrive.com/search?q=B9B7B7B4-FD35-4B44-86BE-0BEAF89C0CDD>.
- Cabrera, I. (s. f.). *Chabelo: ¿Dónde surgió la palabra?* Recuperado de: <https://www.publimetro.com.mx/mx/entretenimiento/2015/11/27/chabelo-sur-gio-palabra-catafixia.html> [Consulta: 9 de diciembre de 2019].
- Clavería, M. Z. (2016). Convertir la Zoé en Bíos: Democracia, representación y animales. *Acta Sociológica*, 71, 101-121. Recuperado de: <https://doi.org/10.1016/j.acso.2016.07.001>.
- Costanzo (2018). *Costanzo*. Recuperado de: <http://www.chocolatescostanzo.com/2014/> [Consulta: 9 de diciembre de 2019].
- Deleuze, G. y Guattari, F. (2011). *¿Qué es la filosofía?* Barcelona: Anagrama.
- El Universal SLP* (2018). Procesión del Silencio de SLP, la segunda más importante en el mundo. Recuperado de: <https://sanluis.eluniversal.com.mx/sociedad/30-03-2018/procesion-del-silencio-de-slp-la-segunda-mas-importante-en-el-mundo> [Consulta: 9 de diciembre de 2019].
- Francisco, I. (2015). *Laudato si'*. *Sobre el cuidado de la casa común*. Recuperado de: http://www.vatican.va/content/francesco/es/encyclicals/documents/papa-francesco_20150524_enciclica-laudato-si.html [Consulta: 8 de diciembre de 2019].
- Freire, P. (2009). *Cartas a quien pretende enseñar*, (2. ed.). Buenos Aires: Siglo Veintiuno.
- Grasso, A. E. y Erramouspe, B. (2005). *Construyendo identidad corporal. La corporeidad escuchada*. Buenos Aires: Novedades Educativas.

- Hueso, K. (2017). *Somos naturaleza: Un viaje a nuestra esencia*. Recuperado de: <https://www.overdrive.com/search?q=7B0592EA-1533-47A8-91CC-E97E3EA34A10>.
- Moyano, N. (2010). Gritud en la psicología positiva. *Psicodebate*, 10, 103-118. Doi: <https://doi.org/10.18682/pd.v10i0.391>.
- The Free Dictionary* (s. f.). Act of God. Recuperado de: <https://legal-dictionary.thefreedictionary.com/act+of+God>.